

donde gozais de vuestra recompensa, acordaos de vuestros hijos; acordaos de todos nosotros, enfermos y desvalidos; y pedid ardentemente al autor de la gracia, que despues de habernos sanado en esta vida y curado de vuestras dolencias, gocemos de las eternas felicidades de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN CÁRLOS BORROMEIO.

Qui autem unum occiperat, aliens fudit in terram.

El siervo que había recibido un talento le fué á enterrar.

(S. MAT., xxv, 18.)

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo exciten nuestra admiracion, y nos conviden á seguir su ejemplo. Uno de éstos es el grande arzobispo de Milán, san Cárlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del Cielo sea el abatimiento y la humildad, el silencio y el retiro, la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras, lo que persuade la razon, y lo que enseña la experiencia. Pero que tambien se halle camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que profesaron ódio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raiz el humano corazon, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los piés de todos, se enterraron en las cuevas esquivando las honras, las estimaciones y el aura popular; los que huyeron cautelosamente del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el cerebro, hace

trocara los pasos y errar el seguro camino: todos estos, digo, no hubieran tomado una vereda tan árdua, si no la tuviesen por precisa para lograr la bienaventuranza. Pero ahora vemos que las glorias y estimaciones del mundo, la pompa y magnificencia, la exaltación y el gobierno, los negocios y tumulto de la corte, las riquezas y abundancia; últimamente, que aquella alíveo de espíritu, que suele inspirar en las almas la ilustre sangre, también nos puede llevar á Dios, abriéndonos el camino del Cielo.

¡Que la cruz de Cristo no sea incompatible con las honras y estimaciones del mundo! ¡Que sin salir de la estrechez de la ley del Señor se pueda caminar por ella con toda la pompa y grandeza mundana! Maravilla es esta del poder de Dios, consejo de su altísima sabiduría, y elogio grande de la virtud de san Carlos. Aquella misma grandeza del mundo, con que los más de los siervos del Señor solo consiguen desagradarle, y merecer el título de malos siervos fué el dón con que san Carlos supo merecer el título de siervo diligente y fiel. Dios le hizo grande en la tierra, y san Carlos, con el santo uso de esa misma grandeza, supo ser grande en el Cielo. Dios, con su providencia, le hizo un gran señor, y san Carlos con su virtud llegó á ser un gran santo. Esto es lo que justamente nos admira, y lo que oíreis en este discurso. Aprendan los que viven en la abundancia, y los que están colocados en altos empleos, á cambiar en caminos del Cielo los mismos caminos de la perdición: avergüéncense los que viven en la indigencia y la adversidad, que son el mejor camino del Cielo, de estarse tan tibios con esos dones, cuando san Carlos supo trabajar tanto con un dón, el de la grandeza, que para muchos es inútil, y á veces, hasta perjudicial. Pidamos esta gracia: *A. M.*

¡Infeliz talento el de la grandeza del mundo! Infeliz, digo, por el abuso de los siervos, no por las intenciones de Dios. Cuando el Señor dá el nacimiento ilustre, los grandes estados, las riquezas copiosas, las altas dignidades, la general independencia aún de los mismos grandes, la estimación y valimiento de los príncipes; por último, una fortuna risueña, en la que el rostro del mundo es lisonjero; ¡qué de ideas vanas por lo regular no ocupan el entendimiento de los mortales! Pero, ¡qué nobles pensamientos despertó esa misma grandeza en san Carlos!

Los ríos que salían de aquel inmenso mar de bondad, veía san Carlos que corrían hácia él continuamente, y de todas partes experimentaba los efectos de la beneficencia del Señor: nada, por mejor

decir, nadaba en riquezas de la bondad de Dios, y su alma estaba íntimamente penetrada en las aguas que manan de aquella fuente de misericordias; pero el Santo formó la resolución de que era justo que los ríos volviesen al lugar de donde salieron; y los beneficios que habian venido de la mano de Dios á la suya, volviesen con grandes intereses desde su mano á la de Dios.

Le hizo el Señor príncipe por sangre; y por falta de primogénito, heredero de los grandes estados de la nobilísima casa Borromea. Las copiosas rentas que tenía eran proporcionadas al esplendor de su casa, y al cúmulo de las dignidades eclesiásticas. Baste decir, que cuando el santo se despojó de una parte de sus riquezas, dejó ocho mil ducados de renta. Le habia Dios echado la bendición de Jacob, dándole la abundancia del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra; le habia hecho rico de bienes de la Iglesia, y de bienes seculares. Pero, qué peso éste para un corazon humano, que no fuese el de san Carlos! Yo no sé que tiene el oro, que no hay cosa más pesada de cuantas Dios crió, ni que tanto oprima y haga inclinar á la tierra. Vereis frecuentemente levantar las manos vacías al Cielo; pero si Dios las llena de bienes del mundo, al instante las vereis caer é inclinarse á la tierra. Solo el deseo del oro y su esperanza bastan para oprimir el ánimo. Pero ¡cosa rara! Con todas esas riquezas volaba á Dios el corazon de Carlos; y tan lejos estaban de llevarse consigo hácia la tierra, que ántes bien Carlos volaba y llevaba las riquezas al Cielo. De la mano de Dios le habian venido, y volvian á parar en las manos de Dios. Siervo fiel, que empleaba en la viña del Señor todo el caudal que le habia dado.

Poco más contaba de veinte y dos años, y ya entónces se hallaba arzobispo de Milán, y cardenal de la santa Iglesia. Como era sobrino del papa Pio IV, que tenía bien conocida su rara prudencia, descargaba sobre sus hombros el inmenso peso del gobierno de todo el mundo cristiano. Con los buenos servicios crecía la estimación, y con ésta se iban acumulando las dignidades. Llovian, si es licito decirlo así, llovian las dignidades sobre sus méritos. Parece que Dios de industria le honraba cada vez más, y que se esforzaba san Carlos por volver á Dios todas esas honras con inmensas ganancias. Recorrió con llijeros pasos, á lo ménos, las acciones de la vida de san Carlos, y os pasmareis de ver como se valia de su misma grandeza para servir al Señor.

Muy pocos años contaba san Carlos, cuando su tío resignó en él una muy pingüe abadía: como era niño, servian sus rentas con las de su casa para ostentar la figura correspondiente á su carácter, á su

sangre y sus empleos. No obstante, ya advirtió el Santo, que no era lícito emplear los bienes de la Iglesia en servir al mundo, ni el patrimonio de Jesucristo en lujo y vanidad. Conoció que, como está escrito, no era bueno tomar el pan de los pobres, pan de los hijos de Dios, para darlo á los perros de caza: ó sustentar briosos caballos con la sangre de los pobres; y así, guardando el respeto y atención que se debe al carácter de padre, le amonestó que administrase santamente los santos bienes.

Pero ¡qué nuevo y extraño espectáculo es, ó mundo, el que se te dispone! ¡Qué sonrojo tan justo, y qué confusión os vá á cubrir el semblante, oh eclesiásticos! Con sangre ilustre, educacion regalada, pocos años, mucha riqueza, y entera libertad, ¡qué es lo que hizo san Carlos! Saca una corta porcion para su sustento, y todo lo demás lo entrega á Dios: el culto de los templos y las limosnas de los pobres consumen todas sus rentas. En solo un dia hizo repartir entre ellos cuatro mil escudos. ¡Qué noble y ántes nunca oido golpe de grandeza! Mas no lo habeis visto todo: reparad y miradle en el tiempo de aquella peste que corrió toda su diócesis: ¡qué bien empleada generosidad!

En ocasion de aquel azote cruelísimo con que en tiempo de san Carlos hirió el Señor, no sé si diga á su pueblo, ó al corazon de su santo prelado, ¿qué no hizo? Era un espectáculo terrible ver al ángel del Señor con la espada fulminante de la ira de Dios desenvainada, discurriendo por toda la ciudad, niriendo y matando sin dolor, piedad ni compasion: morian los ancianos, los jóvenes y los niños: todo era luto, todo afliccion, todo tristeza. Enfrente de sí veía la esposa enferma espirar al desamparado esposo; los hijos tiernos ó inocentes iban al cadáver del difunto padre, pidiendo ignorantes pan, y no habia quien los oyese y saciase su hambre; huian los ricos de los pobres, los amigos unos de otros; y hasta los propios padres desamparaban á sus hijos, abandonándolos para evitar la muerte. Faltaba el sustento, y venía el hambre á matar á los que el mal perdonaba. En medio de esta afliccion, entre tanto horror, solo daba consuelo el ver al santo Cardenal acudir como un padre aligido á sus hijos dispersos y moribundos, con las lágrimas en los ojos; con el corazon penetrado y lleno de amargura: con la bolsa de las limosnas en una mano, y los sacramentos en la otra, se entraba por las casas de todos, por las humildes chozas de los pobres, ó por las cabañas de los rústicos pastores.

En las procesiones de penitencia, la devota y mortificada figura del santo prelado movia á compuncion; y aún de los corazones más

tibios y de los ojos más enjutos sacaba abundantes lágrimas. Triste, pálido, aligido y deshecho con ásperas penitencias, salia con capa roja, cubierta la cabeza, y con un grueso cordel al cuello; llevaba una grande cruz enarbolada en sus brazos, fijando en ella los ojos, el corazon en Dios, y sus esperanzas en sola su misericordia; caminaba descalzo, y heridos lastimosamente sus delicados piés, derramaban copiosa sangre, dejando sangrientos vestigios por donde pasaba. En volviendo á su casa redoblaba las penitencias para aplacar la ira de Dios, y multiplicaba las limosnas para aliviar la miseria de los pueblos.

Mas ¿quién podrá explicar su generosidad y grandeza en semejante afliccion? Si sus limosnas jamás tuvieron limites, ¿cómo los tendrían ahora? Mas de sesenta mil personas hallaban limosna cotidiana dentro de la ciudad en la caridad de Carlos, y aún mayor en el ejemplo que éste daba á los ricos. ¡Oh bien consumidas riquezas de la tierra! ¡Oh bien empleada grandeza del mundo! Más de trescientos desamparados fueron á buscar cierto dia al Santo, pidiéndole socorro, y á todos admitió, á todos recogió el que era amparo de todos. Consumió las rentas, vendió la vajilla, se deshizo de los muebles preciosos, y llegó á dar la propia cama, por no tener ya que dar á los enfermos: mandó repartir de limosna toda la provision de su casa, y se quitaba el pan de la boca para dárselo á sus pobres. Llegó á padecer muy repetidas veces hambre, y hambre grande, el que mataba la de tantos: él era más pobre que los mismos mendigos, y solo de sí mismo no tenia compasion, cruel consigo, y compasivo con los otros.

Apretaba el frio en el invierno, gemian desahogados los pobres, y el santo Prelado se conolia de vertos: caía la nieve, se enfriaba la sangre, tiritaban los miembros, los inocentes niños lloraban arreidos de frio por falta de vestido; enfermaban los jóvenes, caían los ancianos, y en todos enfermaba san Carlos Borromeo: pero como ardía en su pecho el fuego activo de la caridad, éste solo fué suficiente calor para abrigar á todos. Hé aquí lo que hace. Anda por las anticámaras de su palacio, despoja las paredes, quita los doseles, desnuda las puertas de sus ricas cubiertas, y preciosas cortinas: saca los reposteros y soberbios pabellones, y manda que toda aquella tapicería se corte en vestidos para que se abriguen los pobres. Sale aquel numeroso ejército de la presencia de Carlos con esta tan nueva librea de la caridad; se esparce por la ciudad toda, y el pueblo se admira y se confunde: lloran todos de ternura, y no cesan de alabar á Dios en su santo Prelado. ¡Quién jamás hizo que triunfase de este modo la caridad evangélica de la vanidad mundana! ¡Quién hizo ser-

vir así la grandeza del mundo á los pobres de Jesucristo! ¡Bendito sea el Señor, que dió á este santo tanta grandeza; y bendito sea san Carlos, que supo usar de la grandeza para gloria del Señor! Mas no fué este el único fin con que Dios hizo tan poderoso al Santo: para otra empresa más noble le habia destinado su providencia: para la más santa reforma de su Iglesia. Hallábase ésta en aquellos tiempos todavía más enferma que los apóstados: la que era hermosa y sin mancha, se hallaba pálida, macilenta y desfigurada; ninguno que atento la considerase, diría que era la esposa de Jesucristo. Ochenta años habia faltado pastor á estas ovejas. ¡Qué estrago no sería el que habian hecho los lobos; lobos que nunca duermen, y lobos que no se cansan!

Pero grande es el poder de Dios y el mérito de san Carlos. Esta tierra áspora, esta viña silvestre, cultivada por este grande obrero del Señor, ¡qué suaves, qué hermosos, qué sazonados frutos produjo en poco tiempo! El culto de los templos, la decencia de sus ministros, las sagradas ceremonias, el servicio de los altares, el asco, la pompa, la magnificencia y decoro, todo respiraba la grandeza del Dios que habitaba en ellos corporalmente. Venian de países distantes los obispos á vivir muchos dias con san Carlos: decian lo que la reina Sabá al ver el decoro y magnificencia del rey Salomon. Baste decir, que la iglesia de Milan vino á ser el modelo, la norma y el ejemplar de todas las demás iglesias.

Para esto estimó san Carlos toda su grandeza; era para el culto de Dios rico, magnánimo, caballero, y príncipe de la Iglesia; para la reforma de las costumbres se consideraba arzobispo, legado del Papa, cardenal. Fundó seis seminarios en diversos lugares del arzobispado, en los que, según su espíritu, se criasen eclesiásticos dignos de servir al Santo de los santos. Fundó la congregacion de los Oblatos, hombres que se ofrecen al Prelado voluntariamente para ayudarle en las largas misiones, en las visitas de la diócesis, ó en la falta de los párrocos. El solo se opuso como muro de la casa de Israel contra casi todo el mundo que el Infierno habia conjurado; y su celo, su autoridad y su trabajo fueron suficientes á vencer y arrancar de raíz las costumbres antiguas y pésimas.

No temia los peligros ni la misma muerte; porque la ilustre sangre que le circulaba por las venas, y que sus mayores habian ofrecido gloriosamente por la patria y por los reyes, la ofrecia él con el mayor gusto por la casa de Dios. En su oratorio, mientras estaba el Santo en oracion, se oye un tiro repentino, que dispararon contra él; se atemoriza la familia, cae el Santo en tierra con el impulso de las

balas; mas volviendo luego á su anterior compostura, manda que ninguno se mueva á seguir ó examinar el delincuente, y que se sosieguen los criados, continuando como ántes su oracion.

Mas no cabia tanto celo en un hombre solo: dispuso Dios que como de otro Moises se repartiese y derramase su espíritu por otros muchos. Introdujo de nuevo algunas Órdenes religiosas, y reformó otras, que por la miseria de los tiempos estaban relajadas; y todos sus individuos, animados con su espíritu y ejemplo, hacian dura guerra al Infierno. Predicaba no solo por sus ministros, sino por sí mismo; y sus palabras llenas de celo, de espíritu, y de aquel respeto que infundia la autoridad de su persona, compungian, movian y arrastraban los corazones: todo predicaba en san Carlos, predicaba su lengua, predicaba su persona, y predicaba su ejemplo. ¡Oh mil veces dichosa iglesia de Milan! ¡Feliz mil veces con un arzobispo tan celoso: venturosos siglos, los que merecieron honrarse con tan gran prelado! ¡Ahemos la altísima providencia del Señor, que en aquellos calamitosos tiempos dió al mundo un hombre semejante, que sirviese de remedio á la corrupcion casi general que se habia por todas partes difundido.

Cuando esto digo, católicos, tengo puestos los ojos en el sagrado concilio de Trento, en aquel concilio que restituyó á la Iglesia la paz y serenidad. Bien sabeis que la nave de san Pedro se hallaba en aquellos tiempos fluctuando entre las olas, como en una oscura y tempestuosa noche: los luteranos, los calvinistas, los socinianos, los zuinglistas, y toda la multitud de víboras que lo abismos habian vomitado sobre la faz de la tierra, habian envenenado ya á Alemania, á Hungría, á Inglaterra, á Suecia, á Dinamarca, á gran parte de Francia, é iban entrando por la Italia: todo era confusion, todo atrevimiento en los herejes, todo recelo y peligros en los concilios. El concilio habia empezado muchos años ántes, y como no se concluía, estaba sin vigor y sin efecto: el mal se difundia, y no se remedia; pero acudió san Carlos, persuadió, instó, hizo resolver al Pontífice, para que le hiciese concluir. Los herejes se oponian, los principes se interesaban, y á cada paso se ofrecian insuperables dificultades. Temían el daño, reclabán el golpe, y hacían por evitarle. Por último, cometió el Papa á san Carlos todo el negociado del concilio, y el Santo le hizo concluir, publicar y ejeutar.

Se mordian con esto llenos de rabia los torpes y furiosos monstruos de la herejía; andaban fugitivos y avergonzados, porque la ley de Dios manifestada en éste santo concilio descubrió claramente su torpe y enorme falsedad. Ponian en tierra la atrevida boca que habian

abierto sacrilegos contra el Cielo, y la palabra de Dios manifestada en este sagrado congreso lo hizo enmudecer. Pero quéjense de san Carlos, que fué el que los causó tan grave ruina; quéjense del Santo, que á éste confiesa la universal Iglesia que debe los mayores y más gloriosos triunfos que logró en aquellos tiempos de los herejes, de los vicios y de los abusos; triunfo del mundo, del pecado y del Infierno todo, que se habian conjurado contra ella. Veis aqui en lo que empleó san Carlos su valimiento, su poder y su grandeza. Veis aqui el fin para que Dios hizo al Santo tan poderoso.

Pero justo es que hagais sobre vosotros mismos una prudente reflexion. Las obras de Dios, hermanos míos, todas son santas, todas son justas y prudentes. Siempre tiene algun fin cuando reparte los talentos; y si Dios os hizo grandes, no es para vosotros esa grandeza, es para Dios, y la debeis emplear para su servicio. Si creéis que los bienes que poseéis os vinieron de la tierra, empleadlos en la tierra; pero si como católicos confesais que os vinieron de Dios, empleadlos en Dios. Lo que Dios os ha dado en esta vida no es premio, pues no es tiempo todavía sinó de merecer: os lo dió para tener con que negociar la vida eterna; quiere Dios ver la diligencia que poneis en servirle. Y á vista de un san Carlos, ¿qué disculpa podrán tener vuestra negligencia y pereza?

Nosotros, me responderéis, somos personas humildes y pobres: no nos ha fiado Dios los talentos de san Carlos; y faltos de talentos, ¿cómo hemos de mostrar nuestra diligencia? ¿qué es lo que hemos de emplear en el servicio de Dios? Os engañais, fieles, porque el gran Padre de familias con todos ha repartido de sus bienes: esta misma pobreza, ¡oh qué grande talento es, y cuánto bien de Dios! Si tenéis enfermedades, aún es mayor beneficio; si gozais prosperidad, es merced de Dios; si padecéis mortificaciones, todavía es mayor merced; si no lo creéis, decidme: ¿había Dios de ser liberal con los enemigos, y escaso con los amigos? ¿Será liberal con los herejes, ricos, abundantes, poderosos, y escaso con los santos que vivieron pobres, perseguidos, afligidos y humildes? Luego las prosperidades son dones del Cielo, y beneficios de Dios. Pues aún son mayor beneficio los trabajos: éstos son los talentos más útiles, y los que suelen dar mayor lucro con la diligencia de los siervos; porque el talento de las riquezas, honras y poder, por lo regular, es desgraciado é inútil: es un talento con que solamente un siervo como san Carlos sabe lucrar.

Avergonzaos á vista del grande siervo que veneramos en este dia, confundidos al verle con tantas dificultades para servir á Dios, y cómo

las vence, y muestra ser siervo fiel, cuando vosotros sin tantos impedimentos os entorpecéis en el ocio, y sois siervos inútiles: animaos, pues, y sirvaos de ejemplar san Carlos Borromeo: si fué viviendo en el mundo protector de nuestro reino, ¿por qué ahora viviendo en el Cielo no lo ha de ser de los que procuren imitarle?

¡Oh Carlos, siervo fidelísimo! aún en la gloria podeis lucrar para Dios con vuestra grandeza; aún allá podeis hacer útil para Dios vuestra dignidad; todavía sois nuestro protector: emplead esta dignidad en alcanzar de Dios que nos haga buenos siervos acá en la tierra, para que logremos gozar despues de su liberalidad en el Cielo. Amén.

PANEGÍRICO
DE SAN CASIANO, MÁRTIR,
PATRON DE LAS ESCUELAS DE NIÑOS.

Audite, filii, disciplinam patris, et attendite ut sciatis prudentiam.
Oid, hijos míos, las instrucciones de un padre, y estad atentos para aprender la prudencia.

(PROV. IV, 1.)

No deja por cierto de sorprender al hombre reflexivo y cuerdo esta dura ley á que todos nos hallamos sujetos, mejor diría *condenados*; á esta ley de no poder obrar el bien sin dificultad, de no aprender nada sin trabajo, de no apartarnos del mal, sinó por el castigo, y de no reprimir nuestras dañinas inclinaciones sinó por la correccion. Cuando levanto mi cabeza y elevo mi vista hácia esa bóveda tachonada de estrellas, sembrada de millares de astros; cuando considero ese vasto y grandioso firmamento, todo lo veo en concierto y armonía. Si del cielo visible, si desde el firmamento desciendo con la consideracion á esta tierra que hollamos con nuestras plantas, que nos sirve de sostén y de morada, el mismo fenómeno se me presenta. Si de ahí paso á considerar los vegetales, el mismo orden, la misma espontaneidad en cada simiente, en cada mata, en cada flor, en cada árbol. Todo tiene su fin adecnado, y tiende á él y propende á él por un movimiento espontáneo natural. Y el hombre, esta criatura favorecida, ¿corresponde cual debé á las miras de su Criador, de su Bienhechor? Y cuanto todo tiende espontáneamente al fin para que ha sido criado, ¿el hombre sigue exactamente las leyes de su creacion? ¿Es que no se desvía de la universal armonía?

¡Ah católicos! así debiera ser; mas por desgracia, el hombre forma excepcion en esta armonía; y cuando todo la sigue espontáneamente en virtud de su creacion, el hombre no parece haber sido dotado de

soberano dón de su libertad, sinó para salirse violentamente de la universal armonía y rebelarse contra su Criador. El hombre ha nacido para el bien, y no puede obrar el bien sinó haciéndose violencia; el hombre nace para la virtud, y no puede practicar la virtud sinó venciendo dificultades. Todo le ha sido dado al hombre; y sin embargo, todo lo ha de ganar con trabajo, con el sudor de su rostro. Necesario le será al hombre vivir; y no vivirá sin trabajo. Necesario le será al hombre alimentarse; y no se alimentará sinó con el trabajo. Necesario le será al alma el saber y entender; y nada sabrá ni entenderá sinó á fuerza de trabajo. Necesario le será al alma el obrar valiéndose de los sentidos del cuerpo, pero con una autoridad soberana sobre éste, con un dominio y una superioridad á la concupiscencia de la carne; y no podrá obrar de este modo sinó haciéndose violencia, y con trabajo. Ya lo veis; muy trocadas andan las cosas en la economía del hombre.

Pero, en fin, concretémoslo al objeto que nos tiene reunidos en este santo lugar; á la enseñanza y educacion cristiana de la niñez. Sin duda alguna que sin el pecado original, para el hombre no debería haber existido, respecto de la inteligencia, ni niñez ni decrepitud; ni ningun defecto ó desarreglo, respecto de ella, así como respecto de las demás facultades del alma. El hombre, al recibir la vida en el estado primitivo, debía recibirla en pleno y cabal ejercicio, sin trabas ni obstáculo alguno: al modo de los ángeles, al modo de Adán y de Eva nuestros primeros padres. Pero, habiendo sobrevenido el pecado, el ejercicio de la vida ha sido subordinado á la ley general del trabajo y de la prueba, como acabamos de decir. El niño, pues, no sabrá las cosas sinó enseñándose las, y no las aprenderá sin trabajo. El niño no sabrá distinguir de una manera precisa y exacta cuando debe seguir los impulsos de su tierna naturaleza, y cuando debe reprimirlos, sinó por medio de la educacion; y el niño no se educará sin trabajo. Tenemos, pues, amados míos en el Señor, de un lado, la necesidad de la enseñanza y de la educacion de los niños, sacada aquélla del fin del hombre. Y tenemos por otro lado, que ni la enseñanza ni la educacion pueden cumplirse debidamente sin esfuerzo, respecto de los maestros, sin trabajo respecto de los niños.

La santa Iglesia católica, queriéndonos manifestar cuanto interés toma en estas dos preciosas y utilísimas funciones sociales, las ha promovido en todos tiempos con el mayor cuidado. Y presentando á nuestro culto y veneracion un santo mártir, que se empleó en la dignísima y nobilísima profesion de MAESTRO DE NIÑOS, de nuestro glorioso S. Casiano, cuyos cultos celebramos hoy, sanciona de un modo

más solemne sus santas y saludables intenciones. Y en efecto: S. Casiano, movido de la caridad cristiana, se dedicó á la enseñanza de los niños; y en su honrada profesion de maestro de escuela, ejerció una de las más nobles misiones del cristiano celoso; la de disipar las tinieblas de la ignorancia, contraida por el pecado original, y corregir sus propios defectos. Para entrar en materia, hé aquí la proposición, objeto de este discurso, que dividiré en dos partes: «El ejemplo de S. Casiano nos muestra la noble misión de la enseñanza, y la santidad de la justa correccion de los niños.» Para el acierto impletemos el auxilio de la divina gracia por intercesion de la Virgen: A. M.

Es una verdad incontestable, que el hombre debe combatir constantemente su propia concupiscencia; que el hombre está obligado á disipar las tinieblas de la ignorancia que ofuscan su inteligencia. En este discurso la inteligencia será el objeto principal de nuestras reflexiones, y, por consiguiente, de lo que la oscurece y de lo que la debe restablecer. La ignorancia no es conatural al hombre primitivo; es una pena, es un resto de la primera prevaricacion. Al salir de las manos del Criador el hombre era feliz, estaba dotado de inteligencia; y en continua é íntima comunicacion con Dios, nada ignoraba de lo que correlacionaba con su fin supremo, con el objeto de su creacion. La sola cosa desconocida para él era el mal, y esto, léjos de ser una ignorancia, era una perfeccion de su ciencia bienaventurada. ¡Sublime, elevadísima, vastísima era, á la verdad, la inteligencia en el hombre primitivo! Semejante á ese fanal colocado en el centro del universo, la inteligencia, desde el fondo del alma iluminada, dirige y vivificaba al humano sér privilegiado espontáneamente, sin trabajo, sin esfuerzo y en virtud de su nativa fuerza. Tales eran los privilegios, mejor diria, las primigenias cualidades de que dotára el Criador á la para inteligencia de nuestra alma.

El enemigo encarnizado de Dios y de todas sus obras, Luzbel, no podia sufrir el que hubiese en la tierra una criatura tan privilegiada, y meditó perderla. Como sabia que era libre y que habia sido criada al estado de prueba, creyó poder tener acceso á ella. Todos vosotros conocéis la historia de la caída de nuestros primeros padres, si; no es necesario repetiroslo. Separados de Dios por el pecado, nuestros primeros padres perdieron los primitivos privilegios; y su inteligencia bajó tanto de punto, que no era ya rastro de su primitivo estado; y aún fué misericordia del Señor el que todavia quedase en el hombre un destello indeleble de esta hermosa facultad, suficiente

á la vez para conocer su propia flaqueza, y para guiarle con el auxilio de la gracia por entre las tinieblas y vapores que eleva la concupiscencia. Cuando digo en el hombre, pretendo decirlos en el seno de la humanidad: porque el Señor, Criador antes, y Reparador despues, del hombre, para perpetuar en la raza humana el sello del castigo primitivo, y de la decadencia de la inteligencia en el hombre, hace nacer á éste en una ignorancia completa, pero dotándole de la facultad de *perfectibilidad*. El hombre nace, pues, ignorante; y no solo esto, en muchos de nuestros hermanos, en toda la vasta extension del humano linaje, la inteligencia no está desarrollada de modo alguno, sea desde el nacimiento, como los que nacen en perpetua imbecilidad, sea perdiéndola por cualquier accidente en los órganos del cerebro, como sucede en la demencia, y otras enfermedades de los órganos que sirven para las percepciones intelectivas. Aún más, y es una prueba evidente del castigo original, aunque ningun nuevo accidente de enfermedad venga á atacar en su raiz el desarrollo de la inteligencia, hay muchas castas de hombres en quienes la inteligencia está muy poco desarrollada, como consta de la historia natural del género humano. Tenemos, pues, católicos, constantemente á la vista el fenómeno de la decadencia de la humana inteligencia primitiva. Es, pues, un reato respecto del alma, como lo son la concupiscencia, las enfermedades, las pasiones, las necesidades físicas, y demás respecto del cuerpo. Pero con la diferencia, que la decadencia de la inteligencia es incomparablemente más trascendental en el hombre, que la decadencia de las otras facultades del alma, é infinitamente más grave que la de las facultades corporales. Porque siendo la inteligencia el medio de comunicacion ordinario entre el alma y Dios, entre el alma y las criaturas, en el órden espiritual, cualquier menoscabo ó lesion de ella es de mucha mayor consecuencia que el de las otras facultades, tomadas aisladamente.

No es, pues, extraño, que nuestro Señor Jesucristo haya tratado, ante todo, de instruir por sí mismo á sus discípulos (y en ellos á nosotros) en todo lo concerniente á su doctrina. Y nada prueba tanto la sublimidad de la enseñanza como el precepto que nuestro divino Maestro impone á sus apóstolos, y en ellos á todos sus sagrados ministros: *Id, á las naciones, y ENSEÑADLAS, INSTRUIDLAS*. La enseñanza cristiana, pues, es de derecho divino, como lo es tambien de derecho natural. De derecho divino, porque Jesucristo mismo la ha ordenado de una manera solemne, explicita, haciendo de esta santa ocupacion una de las primeras augustas funciones del apostolado. Es además de derecho natural, porque Dios ha esculpido en el cora-

zon humano el deber de enseñar á la inocente niñez y á la ignorante adolescencia. Como la prueba de esto resulta del comun consentimiento y práctica universal de la humana sociedad, desde su origen hasta nuestros dias, desde el Oriente al Poniente, desde el Norte al Mediodia, no debemos ni podemos entrar en detalles de polémica en un discurso sagrado. En efecto: la doctrina es el enemigo natural del error, así como el error es parte del demonio y del pecado. La predicacion evangélica no tiene otro objeto que disipar el error y sembrar en nuestro corazon las semillas de la verdad: la enseñanza cristiana, aunque en grado ménos elevado, tiene tambien por mision la extirpacion del error y el cultivo de la verdad. Y como en ninguna época venga más á propósito el precaver del error y el sembrar la verdad que en los primeros albores de la vida racional, de ahí es, que la Iglesia ha considerado la enseñanza é instruccion de los niños como una de las más dignas ocupaciones de un cristiano, como uno de los ejercicios más recomendados de nuestro Señor Jesucristo, como uno de los actos más agradables al Señor.

Y en verdad, amados míos en el Señor, si abrimos el Nuevo Testamento, veremos en sus sagradas páginas que cuando hablan del niño, lo hacen con tanto amor, con tanta deferencia, con tanto respeto por la inocencia de la infancia, que nos es imposible desconocer el especial privilegio de predileccion con que la niñez es mirada y patrocinada por nuestro Dios y Señor. «Acercáronse, dice el sagrado evangelista »S. Mateo: los discípulos de Jesús, diciéndole: ¿Quién será el mayor »en el reino de los Cielos? Y Jesús, llamando á sí á un niño, le colocó »en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os volveis »hacéis semejantes á los niños en la sencillez é inocencia, no entrareis »en el reino de los Cielos.» Ya lo veis, católicos; preguntan los apóstoles á nuestro Señor Jesucristo, quién es el mayor á sus ojos, quién es el mayor en el reino de Dios, su Iglesia; y la respuesta de nuestro divino Maestro es, tomar un niño de la mano, colocarlo en medio de los apóstoles, mostrándoles el objeto de la predileccion divina. Todavía más. Prosigue nuestro benignísimo Salvador diciendo: «Qualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor »en el reino de los Cielos. Y el que acogiere á un niño tal, *cual acabo »de decir* en nombre mio, *á mí me acoge*; más, quien escandalizare á »uno de estos parvulillos *que creen en mí* (notad bien, católicos, »la expresion: *que creen en mí*), mejor sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese »sumergido en lo más profundo del mar.» Ya lo veis, no puede darse mayor recomendacion en favor de los niños que la que el mismo

divino Salvador nos hace, diciéndonos: Que el que acogiere á un niño, al mismo Salvador acoge. Ni tampoco puede pintarnos su divina Majestad el horror que le inspira el escandalizar á los niños con más vivos colores que los que nos manifiesta el divino Señor, cuando nos dice: Mejor sería que fuese sumergido en alta mar con una piedra de molino atada al cuello el que tal hiciere.

Por último, nuestro divino Maestro acaba su recomendacion dirigiéndonos estas memorables palabras: «Mirad, que no despreciéis á »ninguno de estos pequeñitos, porque os hago saber, que sus ángeles en los Cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.» Esto es: sabed que estos niños, que vosotros creéis sin defensa, que vosotros mirais con desdén ó menosprecio, sabed, digo, que no están solos, que tienen protectores, que tienen poderosos amigos que velan por ellos, y validos muy allegados al trono del Todopoderoso, ante quien dán cuenta diaria de sus inocentes cometidos. Angeles los defienden, un Dios los mira con especial predileccion, hermanitos vuestros son, inocentes son, sencillos son; son un campo virgen que se os encarga cultivar; son tiernas plantas que debéis cuidar con el mayor esmero para que á su tiempo den sazonado fruto; son un nueva generacion fresca, tierna, que lleva consigo la señal de la vitalidad; nueva generacion que debe suceder á vosotros, que os debe reemplazar. «Mirad, pues, que no despreciéis á ninguno de estos parvulitos.» Á la vista de tantas y tan expresivas recomendaciones de un Dios, ¿cuán noble, cuán sublime no será la mision de la enseñanza y de la educacion de los niños? ¿Hay por cierto nada más tierno, nada más interesante, nada más útil que formar en la virtud á esos tiernecitos corazones, todavía inocentes, pero no todavía maduros, en los combatos que les esperan á la puerta de la edad de la razon? ¿Hay nada más consolador, que el dulce placer de desterrar de esos inocentes corazones las tinieblas del error, y encender en ellos el esplendoroso fanal de la fe? ¿Hay mision más alta, que la de impedir el que Satanás y sus perversos confidentes tomen posesion de un corazon todavía puro y virgen de toda corrupcion? Y si por desgracia, el enemigo comun del género humano hubiera tomado posesion en virtud del pecado original, y las aguas regeneradoras del santo bautismo todavía no lo hubiesen purificado, ¿hay más noble empeño que el de formar de ese corazon un templo vivo del Espíritu Santo? Convengamos, pues, católicos, en que la mision de la enseñanza y de la educacion cristiana es noble, es santa, es muy accepta á los ojos de Dios. Concluyamos estas pruebas con una, sacada del santo mártir Casiano, cuyos cultos nos tienen reunidos en este lugar.

Pocas noticias nos dan de la vida de nuestro Santo las crónicas de nuestra santa madre la Iglesia. Sábese, sin embargo, sinó lo bastante para satisfacer nuestra impaciente y avara curiosidad, al menos lo suficiente para nuestra edificacion y modelo. Ejercitábase el Santo en enseñar á los niños de Imola, ciudad de Italia, los primeros rudimentos de las letras y educacion. Hacíalo el Santo con toda la integridad de un varon virtuosísimo y con el celo de un cristiano fervoroso. Juzgó nuestro bienaventurado Casiano, que la escuela era un taller de virtud y una entrada para las ciencias: no se desdennó, antes bien tuvo á mucho honor el poder emplearse en la educacion de la niñez, objeto de las ternuras y de la predileccion de nuestro divino Maestro. En cada niño veía representada la imágen del Salvador; y como la mayor parte de los que el Santo tenía á su cargo eran hijos de padres idólatras, se complacía en insinuar con prudencia en sus tiernos corazones sentimientos cristianos y morales. Rogaba nuestro bienaventurado Casiano porque todas aquellas criaturas que estaban á su cargo recibiesen las saludables aguas del bautismo, y con ellas la perfeccion de la doctrina y virtudes cristianas. Tales eran las plegarias que nuestro Santo dirigía al Señor; y todas sus acciones y palabras, y el ejercicio entero de su profesion no llevaban otro objeto que el indicado. Santificábase, pues, nuestro Santo á sí mismo, y santificaba con su ejemplo el ministerio que ejercía.

Al mandarnos nuestra santa madre la Iglesia tributar cultos al glorioso S. Casiano, ha querido y quiere mostrarnos con su ejemplo la santidad de la enseñanza y educacion cristiana, pues que estas dos ocupaciones, aún teniendo lugar en medio de la idolatría, y presentando forzosamente mil dificultades, peligros y necesidades de prudentes precauciones, fué, decimos, á pesar de esto, un medio de santificación para el glorioso mártir Casiano. En nuestros países cristianos, en el seno de la civilizacion y del catolicismo, ¿cuántas más ocasiones de santificarse y santificar á los niños no presentará en nuestra época la enseñanza y pública educacion de los niños? Cesen, pues, esas funestas prevenciones contra un cargo honroso, contra una mision noble, contra un ministerio útil. La enseñanza y educacion de los niños es un cargo honroso para un verdadero cristiano: porque, ¿qué mayor honor que el de tomar á su cargo la formacion del tierno corazón de esos angelitos, que tanto ama Dios, que con tanta distincion y honor acogió nuestro divino Salvador? La enseñanza y educacion de los niños es una mision noble; porque, ¿qué funcion más augusta, que la que ejerce un celoso maestro que vela por la inocencia é ilustracion de sus discípulos, que emplea lo más

florido de su edad y su tiempo más precioso, en disipar los errores, y en sembrar las semillas de la virtud en los jóvenes y vírgenes corazones de sus alumnos? La enseñanza y educacion de los niños es un ministerio útil; porque, ¿qué ministerio puede ser más útil al niño, que el que abre su corazón á Dios y á la virtud? ¿Qué ministerio más útil á la sociedad, que el que le forma y prepara útiles retoños, que un día verán como pimpollos de oliva al rededor de su madre patria, mientras que, más tarde, sean tal vez hermosos plátanos que descuellan entre los más elevados ingenios, entre los más virtuosos ciudadanos? Creo haberlo probado suficientemente que el ejemplo del bienaventurado Casiano nos muestra la noble mision de la enseñanza: réstanos haceros ver la santidad de la justa correccion de los niños.

Escuchad, católicos, lo que respecto de la correccion nos dice el Espíritu Santo: «Cuando necesario fuere, no dejes al niño sin castigo (1).» Esta admirable sentencia del Espíritu Santo merece ser comentada. Es tan importante y tan necesaria aún para la sociedad, que el Espíritu Santo no se hubiera dignado entrar en tan menudos detalles, si no hubiera en él un gran bien encerrado. Estadme atentos. El hombre, como ya os he dicho, católicos, ha sido criado para el bien, y, sin embargo, de su propio peso tiende al mal. Preciso le es un freno que lo contenga; de lo contrario se desboca; y no hay animal más fiero que un hombre desenfrenado. Reflexionad un poco sobre los países salvajes, en donde no hay otra educacion que la bárbarie hereditaria. ¡Qué horror, santo Dios! El embrutecimiento, el asesinato, el desenfreno de pasiones, la más grosera ignorancia; ninguna civilizacion, conocimientos erróneos ó nullos; una degradacion tan espantosa, que la compañía de las fieras es una sociedad ménos bárbara que las tribus salvajes. Tal es el hombre abandonado á los instintos de la naturaleza decayida. En toda sociedad regularmente constituida, el castigo y la correccion se han considerado como un freno necesario para contener en sus deberes al hombre racional. Aún más. Existen en el corazón del hombre, y cuando hablo del hombre en esta ocasion, quiero entendais tambien al niño; existen, decía, en el corazón del hombre dos principios, que luchan, que se combaten continuamente: el gérmen del bien, nativo en el hombre y puesto por el Criador en lo más hondo del humano corazón, y la tentacion del mal, que continuamente se levanta para sofocar aquél. De ahí, esa terrible lucha, que principia con la infancia

(1) PROV. XXIII, 13.

y acaba con la última respiración del anciano decrepito. El hecho es cierto, es evidente, es universal. Lo experimentais vosotros, lo experimento yo, lo experimentamos todos los seres humanos. Ahora bien, católicos: para que el gérmen del bien, que existe en el fondo de nuestro ser; para que ese destello de la divinidad, que subsiste siempre en nosotros, á pesar de todas las voluntarias degradaciones de la naturaleza individual, no quede sofocado á impulso del mal, necesario es que éste sea reprimido, sea castigado: la naturaleza humana, sintiéndose inclinada al mal, necesario es retrainarla con el castigo, para no impedir el desarrollo del gérmen del bien. Ved, pues, en pocas palabras toda la razon, toda la teoría del castigo correccional.

Si en alguna época necesita el hombre de este remedio, en ninguna más á propósito, en ninguna más ventajosamente que en la de la niñez. Porque la naturaleza no ha tomado aún resabios que hagan difícil ó imposible, en lo humano, la cura, como sucede en las edades más avanzadas. Cuando no fueran tan obvias las razones sacadas de la misma razon natural, bastarían el consejo, y aún precepto formal del Espíritu Santo sobre esta materia, para rendirnos á su mandato divino. Muchos, muchos son los testimonios de las santas Escrituras en que se recomienda altamente la correccion de los niños. Ya veis, amados míos en el Señor, de cuánto precio es delante del Señor la justa y santa correccion.

El Santo cuyos cultos celebramos hoy, empleó tambien á su vez el rigor moderado con los niños de su escuela, cuando así lo creyó conveniente. No miró á la carne ni á la sangre, sino á su deber para con Dios, y éste fué su guía. Ni ¿cómo podría obrar de otra suerte cuando la ley de su Señor Dios está esculpida en su corazon? Destinado un día á ser un mártir ilustre de la religion cristiana, cumplió los deberes de su ministerio, siguiendo en un todo los consejos y las inspiraciones del espíritu del Señor. No ignoraba que, viviendo en medio de una sociedad pagana, y bajo la dominacion de los emperadores romanos, enemigos declarados del cristianismo, y sus más crueles perseguidores, estaba expuesto continuamente á los resentimientos indiscretos de sus vecinicos, que interpretarían sus justos rigores en sentidos diversos, y siempre segun las afecciones de la carne. Pero nada pudo doblegar la firmeza de nuestro Santo; cumplió sus deberes sin atender á la carne, ni á la sangre, ni á respetos humanos; y el Señor Dios, remunerador supremo, quiso recompensar los desvelos de su siervo Casiano llamándolo á participar de la palma inmortal del martirio.

Sufría la Iglesia una de las más sangrientas persecuciones; y llegando á noticia del juez de Imola, que Casiano era cristiano, despues de haberle arrestado, solicitó, por cuantos medios le fueron posibles, reducirle á que sacrificase á los ídolos. Esos simulacros, contestó el ilustre confesor de Jesucristo, esos ídolos á quienes el pueblo ofrece incienso, son verdaderos demonios y maestros de iniquidad: yo adoro al Dios verdadero. El juez, viendo ineficaces todos sus esfuerzos, discurrió el diabólico arbitrio de recurrir á los niños de la escuela de Casiano; y persuadiéndoles que su maestro era un hombre perverso y sacrilego, les incitó y dió libertad para que le quitaran la vida. Provocados los niños, del juez y de sus padres gentiles, por una parte, y resentidos, por otra, de los justos castigos que sufrían en la escuela, se arrojaron sobre su maestro, que desnudo se hallaba fuertemente atado á una columna. Los discípulos pequeños, que él habia instruido con tanto cuidado y trabajo, y cultivado con tan amorosa solicitud, esperando formar de ellos fervorosos cristianos, descargaron sobre él terribles golpes con sus cartillas de boj; y con los punzones de hierro de que se servían entónces para escribir, le abrieron innumerables heridas, hasta que rodeado de espíritus celestiales voló su alma al Cielo.

Maestros y maestras, que teneis á vuestro cargo la enseñanza y educacion cristiana de la infancia, sabed que vuestra mision es noble, que vuestra mision es santa, que vuestra mision es importante, que vuestra mision, sobre todo, es aceptísima á los ojos del Señor. Esas almas puras que teneis á vuestro cargo, son las amadas con predileccion del Dios que las ha criado y que os las ha confiado. Llamadas están á vocaciones que os son desconocidas, pero que todas entran en el plan de la divina Providencia. Es un depósito sagrado y preciosísimo que se os ha confiado, y del que teneis que responder ante Dios y ante los hombres. Infundid en esas almas la sana doctrina, la moral santa y cristiana; instruiddas, sobre todo, en las verdades y misterios de nuestra santa fé católica. Despues de estos primeros y sagrados deberes, instruiddas tambien en los rudimentos de las letras. Porque si lo primero combate la concupiscencia, lo segundo principia á disipar las tinieblas de la ignorancia. Lo uno y lo otro son cosas necesarias; lo uno y lo otro entran en vuestra noble mision; ambas cosas entran en los planes de la Providencia, porque ambas cosas ejercen una influencia poderosísima en el curso de la vida. Una vez que la nave que conduce estas almas tiene un sólido cargamento de virtudes y doctrina cristiana, bien puede atravesar anchurosos mares. Pero si la nave está vacía,

muy pronto es juguete de las olas, y perece en su derrotero. No basta, amados míos en el Señor, no basta enriquecer como es debido la inteligencia; hay otra función no menos augusta: la de formar esos tiernos corazones que se os han confiado. Un buen corazón es un tesoro inapreciable; formadlos, pues, á la medida del de nuestro Señor Jesucristo, esto es, hacellos dóciles, mansos, castos, obedientes, sufridos y aplicados. Vemos demasiado frecuentemente, dejarse llevar de su propio orgullo, y extraviarse por su indiscreto saber muchos ingenios jóvenes, cuyo corazón no ha sido bastantemente bien formado: un buen corazón es una garantía que asegura contra el mal. Creedme, vuestra misión en la enseñanza y educación cristiana de los niños es mucho más agradable al Señor de lo que os podeis figurar. Tributad gracias sin fin á ese divino Señor, que tan dulce y tan poderosamente os obliga á santificaros á vosotros mismos, santificando á los niños. Aunque ya en la tierra recibís como recompensa de vuestras tareas el agradecimiento de los mismos niños, mucho más reconocidos de lo que vulgarmente se cree, y el de los padres, y el de la sociedad entera, que consideran en vosotros unos beneméritos ciudadanos, la recibiréis también en el Cielo, en donde millares de angelitos, á quienes tal vez habreis formado para la gloria con vuestros cuidados y solicitudes, os esperan para agradeceros eternamente esos vuestros continuos desvelos con que los cuidasteis en la tierra.

Iniciad, pues, amados míos en el Señor, los espíritus de los niños en los rudimentos de las ciencias; formad sus corazones en las prácticas de la virtud. Y de este modo, despues de haber debidamente cumplido en la tierra, á imitación del glorioso S. Casiano, con una misión noble, santa, útil, importante y acepta á Dios, lograréis en premio de vuestras dulces tareas la recompensa eterna de la gloria. Amen.

PANEGÍRICO
DE SANTA CATALINA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quantum omnium potentior est sapientia.

Hízole salir vencedor en la gran lucha, á fin de que conociese, que de todas las cosas la más poderosa es la sabiduría.

(SAP. X. 12.)

¿Qué tendrá la Religión cristiana, amados oyentes míos, que desde su nacimiento hasta el día en que vivimos, no han cesado de impugnarla, insultarla y combatirla todas las fuerzas humanas, todas las baterías del Infierno? Una Religión bajada del Cielo, enseñada por el mismo Hijo de Dios, conforme á las ideas del Altísimo, ajustada á la rectitud de su divino entendimiento y á su voluntad soberana, ¿podrá intinar artículos, dogmas, misterios ó sacramentos; prescribir doctrinas, ritos ó ceremonias ó algun código de moral, que repugnen á la razón, destruyan los principios del hombre, ó se opongan á la ley natural y eterna, que todos los mortales llevan grabada en su mente? ¿Qué al contrario, Religión adorable de mi Señor Jesucristo! Porque eres santa, te aborrecen los malvados; porque eres tan pura, te odian los deshonestos; porque eres tan humilde, te persiguen los soberbios; porque eres toda espíritu, te hace guerra la carne; y porque eres toda luz, no te pueden sufrir los ojos débiles de los hijos de las tinieblas. Es cosa digna de lástima no querer el enfermo la salud, ni el ciego la claridad de la vista, ni el demente la restitución del juicio, ni el frenético la tranquilidad del ánimo, ni el esclavo de sus tiránicas pasiones la libertad y señorío de sí mismo. Pero ¿qué digo no querer? se enojan, se irritan y se enfurecen contra toda mano caritativa y benéfica que intente su curación, su remedio y su salud. El mismo Jesucristo, que es la sabiduría del Padre, arguyó y convenció al mundo de sus errores, ceguedad y locura; pero no le

convirtió ni redujo á su deber. A excepción de un puñado de gente que se agregó á su escuela, los demás se quedaron como se estaban, y aún repugnaron su doctrina, mordieron su fama, desacreditaron sus milagros, conmovieron la plebe, atropellaron las leyes, y no pararon hasta sacrificarle al ódio, al furor y la venganza. Lo mismo pasó con sus apóstoles y discípulos: el pago de sus tareas, el premio de su predicación y el fin de su apostolado fueron las contumelias, los destierros, las cárceles, las cadenas, los azotes, los suplicios y la muerte. Los magistrados, los reyes y emperadores envejecidos en su falsa creencia, eran los más empeñados en el exterminio del Cristianismo, publicando leyes, fijando edictos, intimidando con mil suplicios y géneros de muerte á cuantos se alistasen en las banderas del Crucificado.

Tal era, hermanos míos, á fines del siglo tercero, Maximino, el impio y detestable Maximino, enemigo jurado de la Religión cristiana por principios, por razón de estado y por política; monarca cruel, jefe aborrecible, juez venal capaz de todos los horrores, pues se gobernaba por sus vicios. Con este monstruo de la humanidad había de lidiar y medir la fuerza una doncella tierna, un vaso frágil, una caña débil, una virgen cristiana de diez y ocho años. Ya entendeis, hermanos míos, que os hablo de Catalina, de la grande, de la célebre, de la inclita Catalina, de esta rosa de Alejandría, de esta flor del campo y lirio de los valles, azucena de pureza, amapola de sencillez, clavel de rubor y honestidad, retama de amargura y de dolor. Esta invencible heroína sale al campo en este día á luchar con Maximino; la debilidad con el poder, la humildad con la soberbia, la castidad con la lascivia, la mansedumbre con la ira, la razón recta con el deslumbramiento, la religión y la fé con la superstición y el error. Pero no hay miedo; el ángel del Señor la acompaña y la sostiene. El emperador romano se estrellará en este grano de arena; y Catalina entrará triunfante con laureles inmarcesibles, con mil palmas, coronas y trofeos en la celestial Jerusalén, patria de los escogidos. Pero veamos el certámen de esta ilustre combatiente para mejor celebrar sus triunfos. Catalina pelea con las razones y argumentos de Maximino; Catalina pelea con los halagos y caricias de Maximino; Catalina pelea con la tiranía y crueldades de Maximino; y Catalina vence, postra y confunde toda la armería de Maximino, y por todos los flancos por donde le embiste. La diestra poderosa la acompañó en todos sus pasos y le presentó batallas bien reñidas, para que saliera vencedora y supiera, que la sabiduría de Dios es superior á todas las fuerzas del Cielo y de la tierra. Argumentos de la razón,

atractivos del amor, tormentos de la fiereza; ved ahí el triplicado combate de nuestra esclarecida Santa, que forma el timbre de sus glorias, la materia de mis alabanzas y el objeto de vuestra benévola atención. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

El más tenáz y porfiado enemigo de la religión cristiana ha sido siempre la vana sabiduría del mundo. Desde que se dejó ver entre los hombres les corrompió el corazón, les trastornó el cerebro y los infatuó con sus hechizos. Vino Jesucristo al mundo á disipar estas tinieblas, propagó su religión por todo lo descubierta del globo, introdujo la verdad, no solo en las sinagogas judáicas, sino en las escuelas gentílicas; penetró hasta en las academias de los gimnosofistas, de los bramanes, de los druidas, de los persas y de los árabes; de los bárbaros y de los escitas, de los griegos y de los romanos; y al oír la novedad los sábios, oradores y filósofos, aunque discordantes en varios artículos de sus respectivas sectas, se reunieron y estrecharon entre sí, para formar un cuerpo de oposición y resistencia á una doctrina reciente y nunca oída, que destruía de raíz los fundamentos de toda su hinchada sabiduría. Un Dios, una fé, un bautismo; una pena y una gloria sempiterna; la transfusión del pecado, la postulación de la naturaleza, la necesidad de un reparador; la virtud de su gracia, la encarnación y la muerte de un Dios; la justicia, la templanza, la humildad, la castidad, la modestia; ved ahí parte de los dogmas y de la moral que predicaba esta religión divina. Pero al eco de esta voz, al sonido de este clarín, al estampido de este trueno, se tapanon los oídos los sábios y eruditos de la tierra, se escandalizaron, se irritaron y enfurecieron, no pudiendo sufrir el resplandor de la luz que les daba en los ojos; y además de vomitar el negro veneno de sus entrañas en mil escritos virulentos, apelaron á la violencia y á la fuerza; y comprometieron la autoridad é interés de los príncipes para exterminar el Evangelio.

Ya tenemos á Catalina y Maximino en la palestra: el certámen será fuerte; el triunfo ha de ser glorioso. El emperador romano echó un bando general, bajo la pena de muerte, para que todos los vasallos y súbditos del imperio en los términos del Egipto, concurriesen á la plaza mayor de Alejandría ó á los templos de los ídolos, á ofrecer incienso á los dioses inmortales: estrecho apuro para los pobres cristianos, los más obedientes y sumisos á la voluntad del príncipe; pero más sumisos y obedientes á la voluntad de Dios, cuando ésta es contraria á la del hombre. Una noche de tristeza cayó sobre aquella santa grey de Jesucristo al oír el edicto imperial; y ya veian ve-

nir sobre sí las horribles persecuciones pasadas de los Nerones, de los Caligulas, de los Decios, de los Trajanos y demás enemigos del cristianismo. ¿Cómo se habían de poner diques á este torrente? ¿Cómo serenar esta borrasca? ¿Cómo resistir á este decreto? ¿Quién había de defender á cara descubierta y con osada frente la fé del Crucificado contra el poder y furor de Maximino? ¿Quién? El que confundió la vana sabiduría del mundo con la locura de la cruz y con la ignorancia de unos pobres pescadores, daré ahora la más ilustre prueba de su omnipotencia por medio del instrumento más débil y más flaco en dictámen de la humana prudencia. Una mujer, una doncella de pocos años ha de ser la vindicadora de la religion, la doctora de la ley, la confusion del paganismo y la alegría de la Iglesia. Catalina sola basta para rebatir los tiros de la supersticion, desenvolverse de las objeciones del filosofismo y afrentar á todos sus profesores. Por más que el Apóstol no permita á las mujeres el enseñar, sinó estar en silencio, con Catalina no hablan las leyes ordinarias. El Espíritu Santo, que gobierna sus pasos y su lengua, sopla á donde quiere y como quiere, sin que nadie le sirva de consejero. Catalina, impelida de una mocion soberana, y llevada de un justísimo enojo en vista de las extorsiones hechas á la verdad, ya no tiene sufrimiento. Ve morir en los tormentos á muchos de sus hermanos, y se le despedazan las entrañas. Animada de un celo que la devora, se presenta á la audiencia del emperador pagano, acrimina sus decretos de injustos y de violentos, y se ofrece ella sola á argüir, á disputar, á probar y convencer, que la religion cristiana es, exclusivamente, la religion de la verdad; y todas las otras sectas no son más que invenciones del demonio, ilusion del corazon, ceguera del entendimiento, lazos de perdicion y de escándalo. Maximino se pasma, se sorprende, se asombra á una propuesta tan libre, tan resuelta, tan osada en una jóven cristiana, que, á su parecer, apenas sabría hablar el lenguaje pátrio. Todo vacilante, confuso, turbado, ni se atreve por sí mismo á entrar en disputa con esta apologista de la fé, ni su soberbia le permite darse por vencido en la lid. Fija cedulones, despacha correos, hace venir del corazon y de los confines del imperio los hombres más letrados, los sábios más instruidos, los filósofos más hábiles, para que tomen á su cargo defender los artículos de su creencia, refutar los fundamentos católicos, y cerrar la boca á una insolente y atrevida moznela. Promételes grandes premios si vencen á Catalina. Cincuenta de estos doctores se presentan al certámen literario: Catalina no los estima á todos en un ardite. ¡Qué poco vale la literatura del siglo contra la sabiduría de Dios!

Quisiera daros un retrato de esta virgen, aunque fuese tomando prestados los colores, y no acierto á tirar líneas que la pinten como merece. Ella era hermosa por extremo, honesta, afable, prudente; su entendimiento ilustrado, su imaginacion vivaz, su juicio profundo, su comprension vasta, su elocuencia persuasiva, sus discursos irresistibles: instruida desde la infancia en las letras humanas y en la erudicion del siglo, pero más en la ciencia de los santos y en la doctrina del Cielo; guiada, dirigida, iluminada por el Dios de la verdad y padre de las lueces, ¿quién había de contrastarla? A dos puntos capitales redujeron la cuestion aquellos sábios: á probar, que los dioses del gentilismo eran dioses verdaderos, y que no lo podia ser un hombre condenado como reo y muerto en un patibulo. ¡Qué esfuerzos no hizo el filósofo que tomó la voz por todos, para probar la primera parte de la disputa y rechazar la segunda! Pero Catalina, con aire de sonrisa y de una aprobacion irónica, les dijo: Bellas razones habeis alegado por cierto para sustentar vuestra opinion y refutar la mia. Oíde me un poco con paciencia, que quiero disipar esas nieblas que os oscurecen, esos velos de ignorancia y de error que no os dejan ver la claridad y la luz. Dios es uno solo, único, independiente, absoluto, eterno, inmenso, infinito: jamás tuvo principio de su sér, si que existió desde la eternidad ante todos los siglos: crió al mundo en el tiempo que le plugo, y le adornó de tantas bellezas como admiramos. Como su poder no tiene límites, á una sola palabra y á una simple seña de su voluntad formó los cielos y la tierra. Esos grandes luminares que presiden al día y á la noche y vosotros llamais Apolo y Diana, no son más que globos encendidos que nos envian sus rayos y obedecen á la voz del Hacedor, sin inteligencia ni conocimiento de lo que hacen: el conocimiento y la inteligencia residen en el que los rige y los mueve. La otra turba ó confusa muchedumbre de deidades no tienen más apoyo que una razon embrutecida sin reflexion y sin juicio. ¿Qué divinidad pueden tener estos ridiculos espantajos, un Júpiter adúltero, una Minerva salida de su cabeza, un Mercurio trapacero, una Juno vengativa, una Venus disoluta, segun nos lo enseñan vuestros mismos maestros? Ea, reios de esas fábulas y embebecos, y confesad de plano, que vosotros mismos no creéis lo que adoráis, y por no dejar los vicios habeis tomado el partido de divinizarlos.

Por lo que toca á mi fé y mi religion no tenéis vosotros ni luz ni docilidad bastante para entenderla. El Dios á quien yo adoro, os esclarezca la mente y os ablande el corazon para rendiros á la alteza de sus misterios. Ese hombre crucificado de quien vosotros

blasfemais, y á quien su mismá nacion reprobó é hizo morir, no es simplemente un hombre: es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; es la segunda persona de la inefable Trinidad, el mismo Verbo del Padre, que compadecido de las miserias humanas, no hallando medio más apto á curar las llagas de la naturaleza herida y dar satisfaccion á la divina justicia, bajó del Cielo á la tierra, se encarnó, nació, padeció y murió por todos los hombres, aún por los mismos que le quitaron la vida. Sus milagros llenaron el mundo de asombro; su resurreccion gloriosa, sin que la muerte pudiese detenerle en el sepulcro, fué el testimonio más auténtico de su poder y de su inocencia. Sus palabras infalibles, sus predicciones cumplidas á la letra, su doctrina purísima sin mezcla de lunar ni de mancha, ya veis la rapidez con que se extiende, y el gusto con que la abrazan las gentes hasta dar la sangre por ella. ¿Podrá ser esto invento humano, ilusion, barbárie y fanatismo? ¿No está patente el dedo de Dios en esta obra? ¡Oh querida Catalina, bendita sea tu lengua, y loados y benditos los acentos de tu boca! Á la manera que un rayo desprendido de una preñada nube quema, abrasa, rompe, hiende, raja y desmenuza cuanto encuentra, sin que piedra, hierro, ni bronce resistan á su poderosa fuerza ni al ardor de su llama; del mismo modo el discurso de Catalina es un meteoro inflamado que todo lo abrasa y lo reduce á cenizas; su voz es un trueno que aturde, su demostracion es un relámpago que deslumbra, sus ratiocinios son centellas que penetran, sus argumentos son lazos que atan, fuerzan, convencen y rinden; aquellos grandes filósofos se encogen, emudecen, se quedan como estatuas sin articular palabra; porque la verdad los ha sobrecogido de pasmo, les ha ilustrado el entendimiento, les ha doblado el corazon, y han pasado en un momento de maestros de las tinieblas á discípulos de la luz. Mil enhorabuenas, ilustre Catalina, venciste á los sábios del mundo; mil enhorabuenas, sábios del mundo, quedasteis vencidos con honor y triunfasteis del error con generosidad y con gloria. Dad gracias á la elocuencia de Catalina que os ha arrastrado á su partido, y más gracias á la bondad del Señor, que os ha llamado á la fé para que la selleis con vuestra sangre. Maximino, dado al despecho y á las furias infernales, ha de combatir nuevamente con Catalina; y si ha quedado vencido en el primer ataque, se persuade de que vencerá en el segundo.

No hay combate más temible que el combate del amor; y en ningún género de lucha se han visto mayores heridas ni mayores estragos que en luchas amorosas. Nuestro corazon de carne se derrite á los afectos, halagos y caricias como la cera al calor de la llama, y es

locura manifiesta esperar victoria de este enemigo sinó huyendo y dándole la espalda. ¡Ojalá que no nos metiésemos en abismos, cuya salida es imposible sin quemarse ó tiznarse la mejor gala del alma! No se metió Catalina en este laberinto pero la metió Maximino: aquélla era casta y honesta, éste voluptuoso y lascivo; aquélla tenia frecuente trato con el ángel de su guarda, éste lo tenia con el demonio Asmodeo; aquélla habia consagrado su virginidad al Altísimo, éste habia entregado su cuerpo al desenfreno de su apetito. Desde que la vió en el circo disputar con los filósofos, tan agraciada, tan bella, tan airosa, tan noble, tan cortesana, tan política, tan juiciosa, tan prudente y tan cumplida, sintió herido su pecho de aquella poderosa flecha, que sin derramar sangre penetra las entrañas y se clava en lo hondo del corazon. Como saqaz, astuto y artificioso, ó más bien como cautivo y esclavo de la pasion más tiránica, toma nuevas armas para la nueva conquista: deja á un lado la gravedad, el decoro, la magestad y la grandeza, y se viste de humanidad, de cortesania, de sumision y rendimiento; la dureza se convierte en blandura, la sequedad en placenteria, el ceño en lisonja. ¡Oh pasion, y cuántos semblantes mudas para lograr tus intentos! Antes Catalina era para Maximino objeto de desprecio, ahora lo es de estimacion; antes era el blanco de sus iras, ahora lo es de sus cariños; antes no podía verla sin aborrecerla, ahora no puede mirarla sin amarla. ¡Mala enfermedad ha contraído este hombre; y lo peor es, que ha dado en peña viva! Pero ¿qué no es capaz de hacer un amante, especialmente si es poderoso, si es opulento, si es principe, si es monarca? La espada del poder todo lo corta; el ceño de la magestad todo lo rompe; la llave de oro todo lo abre; y un alto personaje apasionado tiene andada la mitad del camino para arribar al término. ¡Cuánto habia que temer en una mujer jóven, querida, requebrada, solicitada y combatida por un principe resuelto y empeñado, y que ponía en movimiento todos los artificios del amor! Os lo confieso, hermanos míos, de cualquiera mujer, por firme y varonil que fuese, hubiera yo temido la dorrota; pero es Catalina la contrastada, y esto má saca de zozobra y de susto.

Yo quisiera saber de nuestras damas cristianas y tan preciadas de honestas, qué hubieran hecho en las criticas circunstancias en que se hallaba Catalina. Pero no; dejo á la sabiduría de Dios excudriñar los corazones. Ello es cierto, que de una debilidad y pasiva connivencia al gusto de Maximino, resultaban bienes incalculables; el lobo se convertía en cordero, la persecucion cesaba, los fieles respiraban, lá Iglesia lograba la paz, el paganismo

caja, la cristiandad progresaba, millares de inocentes destinados á muerte redimían la vejacion y la vida; los aúlicos, palaciegos y ministros del estado seguramente mudaban de religion al ejemplo del príncipe, y Catalina entronizada hubiera sido la Esther poderosa con este nuevo Asuero, y la gran favorecedora de su nacion y de su pueblo. ¡Cuánto peso no tenían estas razones políticas y religiosas miradas á la luz de la prudencia humana, y según los impulsos de la sensualidad y de la carne! Pero Catalina, la sábia Catalina no se deja deslumbrar de falsos resplandores. Tan fiel como discreta pone en manos de Dios el cuidado de su Iglesia, y renueva en las aras del Esposo de las vírgenes la pureza que le consagró desde niña. Desposada con el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, llevando impreso en su corazón el sello del divino amor, y en su dedo el anillo de la fé y de la más leal correspondencia, y viendo al mismo tiempo que Maximino no se daba por entendido de sus desvíos, desaires y repulsas, se resuelve á hablarle claro y quitar el más leve pretexto que pueda alimentar su esperanza. ¡Oh emperador, le dice, no esperes de esta virgen cristiana sino un saludable desengaño y la resolución de la virtud! Haría traicion al Esposo del Cielo si entregase mi corazón á ningún hombre de la tierra; y sería la mayor locura por la gloria frívola de este mundo perder la corona inmortal que me tiene prometida. Si conocieras á este mi Señor y mi amante, ¡cuánto te admirarías de su hermosura, de su majestad, de su grandeza! Abre los ojos al rayo de la luz, que no te arrepentirás de mis consejos. Magnánima Catalina, ¡qué caro te ha de costar el desengaño! No es Maximino hombre que se rinda á la fuerza de la razon; es una fiera para quien son inútiles toda persuasión y todo convencimiento. Hasta aquí ha llevado el negocio por caricia y por halago; ahora lo llevará por rigor y porfi ereza; temible en su amor, es igualmente temible en su aborrecimiento. El Cielo te asista y te favorezca, para que así como triunfaste de la pasión más empeñada, así triunfes también de la barbárie más encrudecida.

La altanería de Maximino ajada por los rebates de Catalina, sus pretensiones burladas, sus esperanzas fallidas, sus flechas embotadas, todos sus tiros repelidos, ¡qué enojo! Su amor despreciado, ultrajado, envilecido, ¡qué furor! ¡qué despecho! No hay expresiones que expliquen el encono, la rabia, el frenesi de este príncipe. Un toro herido con el hierro de la lanza es una débil figura de su ánimo exasperado. Todo el amor se ha vuelto aborrecimiento, y la humildad y blandura se han convertido en crueldad y en barbárie. Si no ha vencido á fuerza de caricias, pretende vencer á fuerza de tor-

mentos. Manda al punto desnudar á mi pobre Santa (confusion para ella más sensible y dolorosa que mil muertes), y que con varas, correas y látigos emplomados, despedacen los verdugos aquellos miembros virginales, delicias de los ángeles. Unos ministros de Satanás, enemigos jurados de Jesucristo, ansiosos por ganar la gracia del tirano á fuerza de violencias, ¡cuál pararian á nuestra gloriosísima Catalina! Miradla toda herida, lagada, destrozada, hecha una cruel carnicería, dando testimonio con la sangre de sus venas á la verdad de nuestra religion santísima. ¿No habeis visto, hermanos míos, en tiempo de verano una nube oscura y temerosa, que se deshace en un espeso granizo ó en un turbion de dura piedra, y al caer sobre los campos, aquí corta los tiernos pámpanos de las vides, allá troncha las doradas espigas de los sembrados, en esta parte despoja las plantas de sus verdes hojas, en la otra maltrata las flores y los frutos, y no hay cosa tierna y delicada en las yerbas, en las flores, en los árboles y en las plantas que no arruine y destruya? Así, puntualmente, aquellos sayones bárbaros, descargando sobre la tierna virgen una densa lluvia de furiosos golpes, no dejaron parte sana en su delicado cuerpo: le rasgaron el cutis, le abrieron las venas, le rompieron los nervios, le quebrantaron los huesos, y la dejaron hecha un cuadro triste, digno de la mayor lástima; y como si no fuera bastante tanta brutalidad, le arañaron y le arrancaron las carnes con puntas y garfios acerados, añadiendo llagas á llagas, heridas sobre heridas y tormentos á tormentos. Pero le faltaba todavía al furor tocar la última linea de la saña diabólica, y encendiendo unas hachas de pez, resina y alcrebite, aplicaron el fuego á los costados de la Santa, para derretirle los pechos al ardor de la llama. ¡Oh crueldad! ¡Oh inhumanidad! ¡Oh fiereza! Pero ¡qué! ¿se afligió su corazón? No; ni una queja salió de su boca, ni una lágrima de sus ojos, ni un suspiro de su pecho.

No fué movido el pèrdido Maximino del menor sentimiento de piedad, cuando muchos de los gentiles lloraban de compasion y de lástima; ántes más endurecido y furioso cuanto Catalina más invencible y más fuerte, la manda encerrar en una cárcel estrecha y tenebrosa y privarla de toda comunicacion y de todo alimento, para que, abandonada á la tristeza, el dolor, el hambre y el despecho, ó la necesidad, la rindan, ó la muerte la acabe. Soberbia humana, ¡qué vanos son tus conatos! ¡Qué débiles tus recursos! El Omnipotente tiene obediente á su voz toda la naturaleza; de las tinieblas saca la luz, y las piedras las convierte en pan para regalo de sus hijos. ¿Qué es lo que veo en el oscuro calabozo en que yace Catalina? Yo

veo un resplandor brillante que afrenta al sol de mediodía; oigo unos acentos tan dulces que embargan las potencias; advierto el ángel de Habacuc ó de Elias, que trae á la noble prisionera el manjar de la gloria, regalado sustento del Cielo; veo soberanos médicos que le cierran las heridas, le vendan las llagas, y la dejan más sana y vigorosa que ántes de maltratarla. No quiere el esposo que la esposa se queje de su amor y fina correspondencia. Pero otra cosa estoy viendo que me sorprende, y más y más me asombra. La emperatriz Faustina, Porfirio, capitán de la guardia, un escuadron de doscientos soldados visitan á Catalina, ó por piedad, ó por curiosidad, ó por malicia; y al ver aquel milagro de modestia, de paciencia, de alegría y de hermosura todo junto, se paran, se suspenden, lloran, se enternecen, cruzan las manos, se dán á partido; y protestan, en presencia del Cielo y de la tierra, que no servirán, ni militarán sino bajo el estandarte de la cruz, por más que el emperador rabie y los haga pedazos. Gracia victoriosa de mi Señor Jesucristo, ¿quién alabaré dignamente tu poderio y tu virtud? ¿Qué atractivo tendrá esta Catalina que todo lo atrae para sí? Toca á los filósofos y los arrastra; toca á los soldados y los rinde; toca al prefecto del pretorio y le avasalla; toca á la emperatriz y la dobla, la gana, la cristianiza. Solo Maximino es un réprobo, que arde ya en la hoguera del abismo, y solo vive para verdugo de todo lo bueno. Rabioso, colérico, enfurecido por la desercion de toda esta gente tan querida y favorita, los condena á todos al degüello, para que borren con la sangre la mancha de su apostasia. Los soldados siempre habian sido valientes; pero nunca lo fueron tanto como ahora, que entregaron como corderos sus cuellos al cuchillo. Faustina, dama delicada, pero acostumbrada á los reverses de la fortuna, si que temia de su flaqueza, y abrazada con Catalina, le dice: Hija mia, alcánzame de tu Esposo, pues que tanto puedes con él, ánimo y fortaleza para morir por su amor. Andad, señora, le responde Catalina; valor tendreis para todo: morid segura de la proteccion del Dios del Cielo, y preparadme asiento en la morada eterna, que yo presto os seguiré y os daré un abrazo en la region de los santos.

Ya no vivía Maximino, despechado, avergonzado, corrido, si no acababa con Catalina, causa de todos sus azares. Pero queria acabar con ella con un género de tormento desusado, que causase horror y espanto. Ni las hogueras, ni las cruces, ni los euleos, ni las catastas, ni los cordeles, ni las sierras, ni las parrillas, le parecian bastante crueles y dolorosos. Su barbaridad buscaba en qué cebarse y desfogar la fiereza, cuando hé aquí que uno de sus confidentes, tan

malvados como él, se ofrece á hacer una máquina formidable, una máquina espantosa, parto de un ingenio cruel y sanguinario, compuesta de cuatro ruedas armadas de agudos cuchillos, y de aceradas navajas encajadas entre sí y de tal suerte trabadas, que recibiendo el cuerpo entre sus dientes y dándole impulso al muelle, todos los nervios, arterias, tendones, carnes y huesos se cortasen, se machucasen, se moliesen, se desmenuzasen y se redujesen á una sangrienta masa con dolor intensísimo é intolerable. Ufano Maximino con este invento infernal tan de su gusto, manda luego meter á Catalina entre las puntas de las navajas. ¡Oh Dios mio! ¡qué suplicio para una doncella tierna! Yo tiemblo al recuerdo del horroroso espectáculo; el pecho palpita, el corazon desmaya, el ánimo cae, el espíritu se horroriza, el natural flaquea y desfallece; solo Catalina no teme, ni se contrista; su corazon está más tranquilo que el mar en calma. Su cuerpo podrá ser destrozado; mas su ánimo no podrá rendirse. Pero ¡qué! ¿permitirá el Señor, que el tirano se lisonjee del triunfo, que insulte á su querida esposa, ó se burle de la religion cristiana? No por cierto; no es honor del esposo abandonar á la esposa. A una breve oracion de Catalina, aquella máquina infernal dá un crujido, se desbarata, se rompe, se desarma por no ofender á la Santa; pero las ruedas corren, giran y dán vueltas con impetu y con violencia por medio de aquella turba de idólatras y paganos, haciendo en ellos el estrago que no se atrevieron á causar en una alma inocente. Catalina se duele de que los aceros no hayan cortado sus miembros, no sea que se le pierda la corona del martirio. Pero nó; no quiso el amado privarla de esta aureola, teniendo ya la de doctora y de virgen; y para que entrase triunfante en la gloria, le fué cortada la cabeza, corriendo leche en vez de sangre de aquel hermoso cuello, que merecia ser adornado de las más ricas perlas y preciosos diamantes. Dos gracias pidió esta ilustre Santa á su divino Esposo antes de su pasion y de su muerte: que su cuerpo no fuese tocado ni profanado de manos impuras; y que sus devotos fuesen favorecidos del Cielo cuando la invocasen y reclamasen su patrocinio. Entrambas se las concedió el Altísimo á medida de su gusto. Los ángeles al momento arrebataron su cuerpo, le elevaron por los aires y le sepultaron en la cumbre del monte Sinai. A sus devotos les ha dispensado el Señor tantas gracias y favores, cuantas le han pedido en nombre de Catalina. Libros enteros se han dado á luz, llenos de prodigios y maravillas obrados por la Santa á favor de sus parciales, devotos y apasionados. Pero ¿de qué servirán en nosotros estos elogios con que celebramos su grandeza y

su poder, si no imprimimos en nuestras almas una copia de tan primoroso original?

Pidamos, pues, al Señor, que grabe en nuestro corazón, como grabó en el de Catalina, una viva imagen suya, imagen de mortificación y penitencia, imagen de celo y de fervor, imagen de abstinencia y humanidad, imagen de firmeza y de constancia, imagen de desprendimiento y desapego de este mundo, imagen de fé, de esperanza y de divino amor, para que siguiendo los pasos agigantados de esta heroína de la gracia, merezcamos gozar las recompensas mismas que ella goza en la eternidad de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SANTA CATALINA DE BOLONIA.

Vidimus gloriam ejus.
Nosotros hemos visto su gloria.
(JOAN. 1, 14.)

Me propongo, hermanos míos, con las citadas palabras, echar el contrapunto á la voz armoniosa de aquel angelico citarista, que fué el primero que en arpa de oro cantó las alabanzas é hizo el panegirico de aquella Santa, cuya anual fiesta celebramos hoy con la mayor solemnidad; quiero decir, de la gloriosísima Catalina. Debeis traer á la memoria aquel famoso éxtasis ó vision, por la que, reducida á una enfermedad mortal, privada improvisamente de sus sentidos y arrebatada en espíritu, fué conducida á un espacioso y hermosísimo prado, adornado y brillante por todas partes de bellezas inmortales é imperceptibles para la mente humana. En medio de una hermosa y deliciosa campiña, en un trono mucho más brillante que el sol, y con un aspecto verdaderamente de príncipe afable y al mismo tiempo excelso, estaba sentado el mismo Dios, rodeándolo y acompañándolo en pié una multitud infinita de santos y ángeles distribuidos en innumerables escuadrones; cuando hé aquí que, apartándose de su escuadron uno de los ángeles, se salió á cierto espacio que habia desocupado en medio, se paró delante del solio mismo del soberano, y tomando la sonora arpa, comenzó, pulsándola con la mayor dulzura, á cantar y á repetir muchas veces aquel divino versículo: Su gloria se verá en tí: *Gloria ejus in te videbitur* (1). Oyendo la Santa tan suavísimo canto, no cabia en sí de contento, y le parecia que ya era bienaventurada en el Cielo, cuando el Señor mismo, extendiendo el brazo derecho desde su brillantísimo trono, la tomó de la mano, y sosteniéndola, dijo: Escucha atentamente, hija, lo que dice este can-

(1) ISAI, LX, 2.